



EX LIBRIS

EX LIBRIS

# Hijos de la Guerra

Diana Wang

# Hijos de la Guerra

La segunda generación  
de sobrevivientes de la Shoá



MAREA  
EDITORIAL

## CAPÍTULO 3

# TOMÁS ABRAHAM. LA ARGENTINIDAD EN CUESTIÓN

**N**ací en Rumania por poco tiempo. Al año y medio me fui a la Argentina, en el 48, llevado en brazos por mis padres rumanos, judíos rumanos, que me hablaban en húngaro y entre ellos en alemán. Llegamos en el 48, papá tenía 26 y mamá 22, eran muy jóvenes, se habían casado en el 43, dice Tomás Abraham en su libro *Historias de la Argentina deseada*.<sup>1</sup> Había nacido en diciembre del 46 en Timisuara, provincia de Barnat (Rumania), pero señala también como punto de origen el lugar donde nació su padre: “en Transilvania, de Sighisuar, pero de chico se habían mudado a Timisuara”.

*Nada recuerdo de Timisuara, sé que había perros, uno que se llama Jimmy, y que yo tenía, además, un cochecito rumano, no sé de qué marca. Veo fotos de mujeres elegantes y tranvías. ¿Qué vale un pasaporte rumano? ¿Para qué sirve? ¿Sólo para irse de Rumania? Esa es la palabra que durante tiempo asocié con Rumania: irse.*

*No sé si al lector amigo le aburre esta historia de mi humanidad, pero yo también soy un serrumano. Y combinaré esta esencia con mi argentinidad. Porque esta cuestión del ser nacional se dio en las dos márgenes del mundo; ambas con paisajes bastante rurales. Está claro que en Rumania no hay pampa y que su personaje for export es un conde transilvánico, pero el campesino y la tierra eran la bodega de los valores nacionales. ¿Qué es un serrumano? Bastaría mirar a cuatro ejemplares, me incluyo, de mi familia nuclear, para desconcertar a cualquier etnógrafo. Somos sangre batida. Digamos que los sangre batida recién fueron considerados ciudadanos rumanos después de la Primera Gran Guerra y por presión de las grandes potencias. Duró poco, hasta el 38, año en que la ciudadanía de los judíos rumanos queda anulada, y los sangre batida dejaron de serrumanos, que aún no sabemos qué son.<sup>2</sup>*

---

<sup>1</sup> Tomás Abraham: *Historias de la Argentina deseada*, Buenos Aires, Debolsillo, 2005, p. 155.

<sup>2</sup> Ib., p. 159.

Tomás me recibió en su estudio, un espacio con una gran mesa y muchos libros en estantes, en el piso, en todas partes, un mundo de libros. “Los hermanos de mi abuelo, los Abraham, eran de Cluj, de una zona que fue arrasada, desaparecieron del mapa. Mis padres y los miembros de la familia que vivían en Timisvara, vivían en condiciones anormales, pero vivían, trabajaban, mis padres se casaron, alquilaron un departamento, papá armó su taller de medias y vendía su fabricación a los soldados rumanos. Todas estas fueron cosas que sabía entre líneas, detalles que aparecieron en su dimensión real recién hace poco tiempo. Fue cuando decidí volver a Rumania. Quería ir, aun cuando nuestra relación con ese país era nula, era el lugar ‘del que por fin pudimos irnos’, como se decía en casa, el lugar en el que ‘pobre la gente que se quedó’, porque después de la guerra vinieron los comunistas y Stalin y todo eso, una porquería. Yo me hice argentino a los veintipico. En un momento les dije a mis padres ‘vamos’ y con mi esposa allí nos fuimos. Aunque ellos eran los que supuestamente irían a recordar, el itinerario, el trayecto y el empuje, los puse yo. Fuimos a varios lugares, pero principalmente a las dos ciudades, Timisvara y a Sighisvara y también a Cluj. Mamá odia a los rumanos, odia todo lo rumano y papá se había ‘olvidado’ de todo, nunca quiso contar. Yo me iba emocionando, no ellos, la emoción era mía y ellos me acompañaban en ello, fue al revés de lo que había imaginado. De mi abuelo por ejemplo no sé nada, sólo que se llamaba Lázaro, que era de Sighisvara que es un pueblo medieval precioso, ahí murió mi abuelo pero papá no sabía dónde estaba enterrado porque se había ido de chico de allí. Con mi esposa nos pusimos en campaña y encontramos la tumba, raspamos la lápida hasta descubrir las letras hebreas con su nombre. Papá se abrazó a la tumba. Pero igual, no fue como lo esperaba porque después parece que no le importó”.

“Lo que más me impresionó fueron las sinagogas. En Timisvara están en pie las tres que había, todas, está la sinagoga en la que se casaron [me muestra la foto de una hermosísima sinagoga de madera pintada en celeste pastel], son grandes, sólidas, con los vitrales rotos y candado en la puerta, es la muestra hiriente de la masacre, el genocidio, las sinagogas sin fieles. Me dio una visión totalmente diferente del genocidio, no solo habían matado a los cuerpos sino también a sus expresiones, vi como se había matado una memoria, no queda quién cuente cómo fueron las cosas: fiestas, comidas, ceremonias, lugares de reunión, nada. No hay ceremonias, cantos, voces, no hay gente. Todo está dispuesto, quedaron las casas, las construcciones, las sinagogas, todo listo como esperando que vuelva la gente, que se levanten de sus tumbas y vuelvan a llenar el lugar de voces y presencias. En Timisvara hay hoy unos pocos judíos, ¿decenas?, ¿algo más de cien? Había veinte mil antes. Entramos en una sinagoga y escuchamos rezos, pero venían de afuera, la sinagoga estaba vacía. Al lado había una especie de cocina, un lugar muy chico y allí fuimos, entramos y había un grupo de judíos rezando, nos sentamos

y había un tipo cubierto con un *talit*,<sup>3</sup> encorvado de tan jorobado que estaba, y papá me dice ‘es el rabino Neuman’, ¡después de 50 años! Nos fuimos antes de que terminara y yo le pregunté si lo conocía, me dijo que sí pero que no estaba seguro, entonces le insistí para que lo buscáramos, para que le hablara, ¿cuántas veces más en tu vida vas a estar en este lugar?, le dije y lo fuimos a buscar. Nos indicaron cuál era su casa, fuimos, aplaudimos para darnos a conocer, salió, nos hizo pasar y entonces papá sufrió una metamorfosis. Papá es un gran hombre, no solo que impone con su presencia, que es poderoso y lo sabe, sino que es alto, grandote. Frente al rabino se achicó, se encogió, se volvió un adolescente que estuviera hablando con el preceptor de la escuela, como ante una autoridad ante la que no se sentía a la par como yo acostumbraba a verlo. Era EL rabino ante el cual tenía que estar muy compuesto. Fue un impacto muy grande para mí ver esa transformación”, me dijo y quedó detenido un instante, reviviendo el momento en que vio en su padre a otra persona, atisbó algo de lo que luego la vida fue cubriendo y que los relatos no habían descubierto del todo.

“En ese viaje vi el mundo en el que había vivido, en donde el rabino era muy importante. Para los chicos –como había sido él– era la autoridad, era EL sabio, no era alguien que daba un sermón en una celebración. Me conectó de otro modo con la cosa judía, mucho más que con la cosa rumana. Los relatos del pasado que solemos recibir son con pocas imágenes, este viaje me permitió unir relatos con imágenes. Más cuando los relatos vienen de personas que cuando se fueron de su lugar eran muy jóvenes, que no conservan amigos de esa época con quienes recordarlo y que de esa juventud no tenían recuerdos placenteros que los hicieran añorar el pasado. No había nostalgia, no había quedado nadie a quien extrañar allí, no había de qué hablar. Papá no solía recordar, no le interesaba hablar del pasado, es un Prometeo, un conquistador, va para adelante, la peleó, vino acá a hacerse un lugar y la ganó y eso era lo que le importaba. Tenía una cierta simpatía por los rumanos, a diferencia de mamá. Decía que eran sobornables, tráfugas, latinos, corruptos, poco serios, pero simpáticos a diferencia de los húngaros”.

Para confirmar esta visión sobre los húngaros recuerda algo que les sucedió en su visita a una sinagoga impresionante en Budapest. El guía que los acompañaba afirmó en un momento que cientos de miles de judíos húngaros habían muerto. Tomás le preguntó “de qué habían muerto, ¿o es que quiso decir asesinados? Si usted dice que murieron, ¿de qué murieron? –insistió–, ¿de hambre?, ¿de frío?, ¿no tenían suficientes frazadas?”, terminó con irritación y dieron por finalizada la visita.

“Vi todo, vi todos los escenarios de su vida de entonces, las casas, el río donde se bañaban, la confitería, el cine, los baños turcos, está todo.

---

3 *Talit* (hebreo): manto ritual con el que los hombres se cubren en el momento de orar.

En Sighiswara queríamos encontrar la casa de papá de cuando era niño, pero él no recordaba nada, dimos vueltas y vueltas, él mismo no guardaba imágenes de su casa y en un momento dado decidimos caminar un poco al azar, él y yo, nada más, pasamos por una casa y llegamos a un pequeño huerto y dijo ‘¡el huerto de mi abuela!’ y entonces lloró, fue el único momento del viaje en el que vibró”.

“Encontré las imágenes, las palabras se volvieron imágenes. Vi todo. Fui hasta a la plaza en donde me llevaban a pasear en cochecito. Hasta había soñado con esa plaza y en ese viaje pude estar allí, estuve y la vi”, dice y otra vez queda suspendido en lo que esta evocación le provoca, la evidencia de todo ese mundo perdido y reflexiona que “los que son hijos de inmigrantes como nosotros, no suelen tener una idea de la brutalidad que implicó la inmigración. Se la romantiza y edulcora tanto que no se tiene idea de la violencia que implica todo lo que sigue en la Argentina, donde sos como un ganso en el gallinero. Es por un lado un gran alivio, te juntás con los que son como vos, armás un gueto que te tranquiliza y reasegura, pero al mismo tiempo tenés que vivir en otro idioma, con otros supuestos, con otras costumbres y usos, en otro mundo al que te tenés que adaptar bien pronto porque hay que seguir viviendo”.

Coincidimos en que esta descripción puede ser aplicada a casi todos nosotros que vivimos como sostenidos por estas dos patas diferentes, la de no ser como los demás y la de tener que mostrar muy rápidamente que somos como cualquiera.

“Crecí en un ambiente húngaro, íbamos a hosterías alemanas, se alquilaban quintas de a varios y por el otro lado la vida acá era olvidar, olvidar todo lo que había quedado atrás. Lo único que había quedado era lo judío, la única identidad indudable, que se llevaba donde fuera que uno fuese. Mi familia no era religiosa, pero fijate nuestros nombres. Yo me llamo Tomás, mi hermano Pedro, mi papá Francisco y mi mamá Magdalena, todos nombres bien católicos, ningún nombre responde a una tradición familiar. Familiarmente éramos Tomi, Peti, Feri y Mutsi, pero acá se tradujeron así. Hicimos el *Bar Mitzvá*<sup>4</sup> con Marshall Meyer cuando era joven, en el templo de la calle Libertad adonde acompañaba a mis padres para las grandes fiestas, *Pésaj*, *Rosh Hashaná* y *Kipur*.<sup>5</sup> También algo pasaba los viernes que nos reuníamos. No hacíamos el *Shabat*<sup>6</sup> pero todos los viernes nos juntábamos. Al principio, con el primero que tuvo televisión, para ver la tele, pero tenía que ser un viernes”.

“El viaje me reforzó la identidad judía. El genocidio marca una ruptura grande en la historia del pueblo judío, porque ya deja de importar si sos

---

<sup>4</sup> *Bar Mitzvá* (hebreo): ceremonia que hacen los niños a partir de los trece años en donde leen por primera vez la *Torá* en público.

<sup>5</sup> *Pésaj* (hebreo): Pascua. *Rosh Hashaná* (hebreo): Año Nuevo. *Kipur*, *Iom Kipur* (hebreo): Día del Perdón.

<sup>6</sup> *Shabat* (hebreo): sábado, cena familiar de los viernes a la noche, comienzo del descanso del sábado.

religioso o no, asimilado, no asimilado, si sos sionista o no, si te casaste con un judío o no, si sos hijo de ambos padres judíos o no, pienses lo que pienses de Israel, todo es lo mismo, sea cual fuere tu forma de vivir y de creer, todos somos judíos, en eso ganaron los nazis, nos hicieron a todos judíos hasta la séptima generación. No creo en lo que hoy se llama un conflicto de identidad, es algo que tengo muy claro. Soy judío. Sea con quien sea que me case, soy judío, absolutamente judío. Soy judío, pero me hice argentino. Me hice al castellano, me hice al lugar, llegué a ser argentino. Ser argentino es más un problema, un cuestionamiento, porque fue un acto de voluntad, de apego, de decisión, no es irrevocable. Soy argentino, pero mi ser argentino está en cuestión, no es irrevocable, porque no soy un Uriburu ni tengo un abuelo que fue secretario de Roca, tengo mi cédula de identidad, claro, pero a Timerman y a Gelbard se las sacaron, a mí también me la pueden sacar entonces, ¿por qué no? La Argentina es mi lugar, pero es un lugar en cuestión. Lo otro no. Las preguntas por la identidad judía me resultan irrelevantes, son para discriminar entre judíos, para distinguir entre judíos buenos y judíos malos, como no tienen a quién perseguir, persiguen a los ‘malos judíos’ para satisfacer la necesidad de discriminar que los judíos tenemos, igual que todo el mundo. ¿Cuál es la identidad judía? ¿Por qué se la preguntan tanto e inventan tanto? A veces me veo en medio de gente que se dice judía y siento que no tengo nada que ver con todo eso, me siento más cerca de un jujeño que nunca vio un judío por ahí, somos una mezcla inaudita, no somos homogéneos. Ante este asunto que a veces parece perverso, con tantas cosas inventadas, me pongo muy estricto, es mucho más fuerte el silencio, hay que callar el bombo, un buen silencio alguna vez permitiría pensar y conectarte”.

Le pregunto si esta definición de lo judío no corre el peligro de hundirnos en la victimización, porque es la enunciada por el nazismo que nos igualó.

“No soy judío ante el nazi, sino ante Dios y ante mí mismo, los nazis no existen más. Los judíos venimos pensando hace siglos en ideales emancipatorios, esa ha sido nuestra epopeya, la prédica de que todos los hombres pueden ser iguales fue el eje de nuestra existencia y nos dieron con un hacha. Yo tengo doble lealtad. Israel tiene que existir para mí, no hablo de sus gobiernos sino del lugar que los judíos tenemos que tener, nunca hemos tenido un lugar. Nosotros entramos en la Argentina diciendo que éramos evangélicos luteranos, trajimos mi partida de nacimiento adulterada, ¿cómo no voy a tener doble lealtad? Sólo en Israel no habrá una política en la que se decida matar a los judíos, los judíos no van a matar a otros judíos, el mundo no nos ha dado otra, nos ha mostrado una y otra vez que nuestro paso por otras tierras era transitorio”.

Le pregunto cuál es su idea sobre el antisemitismo en la Argentina. “Para mí siempre fue un tema en la escuela, mi apellido es Abraham. El antisemitismo en la Argentina es un lugar común, es un antisemitismo ‘normal’, es como ser de River o de Boca, de pronto estás en una reunión

y dicen delante tuyo ‘este judío podrido’ y se dan cuenta de que estás ahí y que sos judío y te piden perdón, porque ahora por lo menos ya se dan cuenta, están a medio camino de la reconversión cultural digamos, la gente ya tiene vergüenza de ser antisemita algunas veces, pero igual se les escapa, sigue existiendo. No me ofendo por eso, lo tomo como una imbecilidad, si después de todo lo que ha pasado, alguien dice algo así pienso que es un estúpido. Me alejo de esa persona, pero no por antisemita sino por imbécil. Lo dijo también Imre Kertesz, ya no hay antisemitas, quedan imbéciles”.

“Estoy en contra de unir el genocidio contra los judíos a otros hechos: lo sucedido es único, el mutilado de la guerra de Vietnam no va a decir ‘hablemos de las otras guerras para no concentrarnos solo en lo nuestro’. Lo que hacen algunas organizaciones judías es hablar de los ‘otros genocidios’ como pidiendo disculpas por ocuparse de lo que nos pasó, como si no nos correspondiera hacerlo. Cada uno se ocupa de lo suyo, lo que le pasó al pueblo judío, el plan de borrarlo del mapa de todo el planeta, no ha pasado con otro pueblo, es único. Pero ante la presión del antisemita, ‘¿siempre están siendo perseguidos ustedes? Cómo se quejan, ¿eh?’, los judíos sienten vergüenza y te siguen preguntando ‘¿por qué no hablan del *gulag*?’. ¿Pues porque no, porque no hablo del *gulag*, porque esto es único! Y además es único porque me pasó a mí, no estoy de acuerdo con esa especie de ampliación del tema como si la repetición de eso pudiera hacer algo para su prevención. No hay que compararlo con nada, la gente es muy bruta, no hay que alimentarle esa ignorancia... Dicen ‘los judíos cómo la tienen con ese tema, pero esta vez también van a hablar de los desaparecidos, por fin también van a ocuparse de otras cosas’ y eso me irrita mucho, después de seis millones de muertos, ¿uno no tiene el derecho a ocuparse de eso? No creo que haya que hacer nada cosmopolita, tiene que ser judío, bien judío, ¡con *guefilte fish* en la entrada! No es comparable el sufrimiento aunque seas sensible a los otros sufrimientos”.

En su libro citado hace un trabajo exhaustivo donde vuelca lo que encontró publicado en distintos medios respecto del día de su llegada a la Argentina. Toma esa fecha, el 13 de octubre de 1948, y la transforma en una especie de hito fundacional. Investiga, hurga, y resume los hallazgos en un intento de reflejar el lugar, el clima, la cultura, el momento, las circunstancias, todo aquello que cuando se vive se toma como dado, no se mira, pero que es necesario atender cuando se lo quiere aprehender, se quiere tomar posesión de esa memoria de la que carecemos. Para todos los que llegamos a un destino que creíamos –y que fue– definitivo, la llegada fue un instante fundante pero que debimos pasar por alto porque otras demandas urgían y atraían nuestra atención. Leemos sorprendidos este recuento que hace del día de su llegada, que vuelve, adrede, como un corte transversal de la argentinidad que lo recibe. Por ejemplo dice:

*El 13 de octubre de 1948 llegué en el Ugolino Vivaldi al puerto de Buenos Aires. Como dice en su edición de la fecha el diario Clarín:*

*“Llega el Ugolino Vivaldi en otra de sus habituales travesías de Génova al Río de la Plata. La motonave italiana llega con 700 pasajeros en dos categorías, la mayoría llamados por sus parientes ubicados en distintos lugares de la República”. [...]*

*De este viaje tengo un solo recuerdo, que me contaron. Ensució con mis menudencias a un tío que me sostenía en sus brazos; y no tengo otro recuerdo que remite a los albores del viaje, en la estación de trenes de Nápoles, recién llegados del periplo originado en Timisvara, estación en la que tuve hambre: mi padre con los pocos centavos que tenía me compró una banana, fruto africano de alto precio en el mercado peninsular. De ahí en más, Argentina. [...]*

*Llego a la ciudad con los ecos de la gran fiesta del Día de la Raza, palabra que me resultaba conocida. Todos los diarios hablan de un incidente. Por ejemplo el diario Clarín en su edición del 13 en la página 10: “Detuvieron a 77 hombres y 20 mujeres de la colectividad judía en Plaza Francia. El procedimiento resultó espectacular por la cantidad de camiones celulares que se necesitaron para trasladar a la seccional a los apresados [...] Cabe destacar que la colectividad hebrea celebra hoy el Día del Perdón, de modo que no sería extraño que esa concentración hallárase vinculada con dicha celebración o bien que fuera para realizar un acto relacionado con el reconocimiento del nuevo Estado de Israel o bien con el homenaje silencioso a los matados en los campos de concentración”. [...] Así me enteré de que en octubre también se celebraba el Día del Perdón.*

Para los recién llegados había un tema de la mayor trascendencia: la comida. No solo las diferencias en los gustos, cocciones, materiales, olores, costumbres, sino en la cantidad. Venidos de las penurias de la guerra y de la Europa hambreada de la posguerra, la oferta de alimentos variados, exóticos, baratos, fue un factor de estupor, maravilla y encantamiento. Con escatológica ironía dice: *En Rumania se come mamaliga, comida nacional cerealera, que escaseaba durante la Segunda Guerra Mundial [...]* *Mi padre recuerda que se abalanzaba con puntual frecuencia sobre el puchero al mediodía, la pizza a la tardecita, antes de cenar la necesaria comida húngara, y todo bien rociado con buen vino. Pero al mismo tiempo abundaban los avisos publicitarios con un problema que también lo viví en carne propia, es decir familiar: la constipación. Recuerdo la palabra Cirulaxia y tantos laxantes prometedores de alivio y felicidad, como el purgante y depurativo Girolamo Pagliano que depura el organismo mejor en primavera. Pero sentía el futuro de mi estómago a salvo.*

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

¿A DÓNDE IR?.....	9
¿Cuántos sobrevivientes judíos hubo? .....	10
¿Qué fue la Shoá? .....	11
¿Dónde encontró el final de la guerra a esta masa de sobrevivientes? .....	12
Los campos de desplazados.....	13
¿Por qué no a Israel?.....	14
Los consulados.....	15
“Para todos los hombres del mundo...” .....	15
Los hijos de sobrevivientes.....	18
El libro .....	19
Sobre el título.....	21

## CAPÍTULO 1

<b>HACIA UN NUEVO HOGAR</b> .....	23
La llegada .....	23
Mi nacimiento.....	25
De Danuta a Diana .....	27
El fantasma de La Guerra.....	28

## CAPÍTULO 2

<b>DESTINO: ARGENTINA</b> .....	31
Desembarcar .....	35
La primera casa.....	37
Cosas de inmigrantes.....	38
En el nombre del hijo.....	39

## CAPÍTULO 3

<b>TOMÁS ABRAHAM. LA ARGENTINIDAD EN CUESTIÓN</b> .....	41
---	----

## CAPÍTULO 4

<b>LOS HERMANOS</b> .....	49
El nacimiento de mi hermano .....	50
Aída. El secreto familiar y la tristeza .....	54

## CAPÍTULO 5

<b>HISTORIAS QUE NO TERMINAN</b> .....	61
Los efectos de una historia .....	66

## CAPÍTULO 6

<b>UNA FAMILIA ATRAVESADA POR LA SHOÁ</b> .....	69
Romper el silencio.....	69

El dolor de no saber.....	74
<b>CAPÍTULO 7</b>	
<b>FAMILIA Y “FAMILIA”</b> .....	81
Carta a la abuela desconocida .....	85
La búsqueda de la familia .....	86
<b>CAPÍTULO 8</b>	
<b>VOLVER A LAS RAÍCES</b> .....	89
¿Volver adónde? ¿Volver a qué? .....	89
<b>CAPÍTULO 9</b>	
<b>VOLVERES</b> .....	103
Un volver trigeneracional .....	103
Volver a Alemania .....	107
El mapa de Polonia.....	109
<b>CAPÍTULO 10</b>	
<b>CAMINANDO LA NUEVA VIDA</b> .....	119
La mudanza a una casa mejor .....	119
Barrio y peronismo.....	120
La Primera Comuni3n .....	122
La amenaza de la muerte .....	126
Polio y televisi3n .....	129
La Navidad.....	129
El lujo del estudio .....	130
Los inmigrantes .....	132
<b>CAPÍTULO 11</b>	
<b>EN EL PRINCIPIO FUE LA GUERRA</b> .....	135
“Pasaron la guerra” .....	136
Hitler.....	137
Eichmann .....	138
Schindler .....	138
<b>CAPÍTULO 12</b>	
<b>CUIDAR A LOS HIJOS. CUIDAR A LOS PADRES</b> .....	141
La voz de mi hermano Alberto.....	143
La <i>Wiedergutmachung</i> .....	145
<b>CAPÍTULO 13</b>	
<b>MARCAS</b> .....	147
Señales cotidianas del pasado .....	152
Los mandatos de mis padres .....	155
<b>CAPÍTULO 14</b>	
<b>EL HOLOCAUSTO EN PANTALLA GIGANTE</b> .....	157
Los libros .....	157
Las películas .....	159

<b>CAPÍTULO 15</b>	
<b>ARTISTAS. LA SHOÁ COMO MATERIA PRIMA.....</b>	<b>165</b>
Mirta Kupferminc. Los objetos, testigos y documentos.....	165
Mauricio Wainrot. Bailando sobre la tristeza .....	173
Marlène Lievendag. Viajar con poco equipaje .....	178
Sergio Langer. Super héroes-super villanos, el cazador de nazis..	181
Inés Grimland. Reír por no llorar, después de llorar .....	186
<b>CAPÍTULO 16</b>	
<b>SEGUIR SIENDO JUDÍOS.....</b>	<b>193</b>
Ser judíos en la Argentina .....	195
Mi hermano Alberto y su alejamiento del judaísmo .....	200
Daniel Goldman. Judío, asumido y militante.....	202
<b>CAPÍTULO 17</b>	
<b>BAJO LA DICTADURA MILITAR (1976-1983) .....</b>	<b>213</b>
Natalia Rus, José y Paula Scheinkopf.	
Una familia tras de la memoria .....	214
Mónica Rosenblum. “Quiero llevarle flores a mi hermano”.....	222
Claudia Igaz. Mamá sobreviviente, hija sobreviviente .....	226
<b>CAPÍTULO 18</b>	
<b>DIÁLOGOS DE LA SEGUNDA GENERACIÓN.....</b>	<b>233</b>
La marca de ser sobreviviente .....	237
El legado de una misión.....	239
<b>CAPÍTULO 19</b>	
<b>VOLVER A SER JUDÍA.....</b>	<b>241</b>
La derogación de la Circular 11 .....	242
Decía “católica”, dice “judía” .....	243
<b>CAPÍTULO 20</b>	
<b>EL PELIGRO DE SABER .....</b>	<b>247</b>
<b>EPÍLOGO</b>	
<b>PARA LAS PRÓXIMAS SIETE GENERACIONES .....</b>	<b>253</b>
El riesgo de la victimización.....	255
Los nietos, el futuro.....	257
<b>AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>259</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA .....</b>	<b>260</b>